

EL VENDEDOR DE PALABRAS

Vanessa Lizarralde

Aquella mañana, como cualquier otra en los últimos 20 años, el molinero se acercó al palacio esperando ser recibido por el rey.

- ¡A ver quién es el valiente que abre la boca en este momento! – cuchicheaban los criados escondidos tras las puertas de las principales salas.

No era la mejor ocasión para interrumpir. Federico El Grande tocaba la flauta sentado en el Salón de la Música. A través del ventanal gigante, miraba fijamente la imitación de ruinas romanas que habían construido para él, en los jardines de Sanssouci.

Llevaba demasiado tiempo ensimismado en sus cosas. Concretamente desde que expulsó a Voltaire del país. El filósofo vivió casi dos años en la Corte y se sentía como en casa. Hasta aquella famosa tarde de la reunión en el Salón de la Conversación.

El rey había juntado a personajes muy dispares: agricultores que hablaban del proceso de fabricación del vino, ganaderos que defendían la importancia del pienso para obtener la mejor carne, arqueólogos que investigaban jeroglíficos de antiguas civilizaciones, ingenieros con planos del mejor armamento... Temas como la guerra, el arte, la medicina, la historia, el derecho, la filosofía o la religión golpeaban habitualmente contra las paredes del salón.

En un momento dado, el genial representante de la Ilustración Francesa se levantó para hablar del poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad y las religiones. Algo que, por otra parte, no sorprendió a nadie. Cuando terminó, tomó la palabra un banquero judío:

- ¿Cómo puede ser que un antisemita declarado hable de tolerancia religiosa?

Entonces se armó un revuelo considerable. Algunos gesticulaban con enfado, otros no callaban, un grupo considerable terminó a voz en grito, para que no se escuchara al contrario...

La cara del rey reflejaba cansancio. En su tono delicado habitual declaró:

- Cada año que pasa hablamos más... pero decimos menos cosas. A partir de hoy, dejaré de creer en las palabras.

Dicho y hecho. Desde ese instante Federico El Grande abandonó las enriquecedoras conversaciones de antaño. Dejó de creer en las personas. Olvidó las ocho lenguas que manejaba con precisión y se encerró en su palacio para dedicarse **al estudio y la razón**.

Como ya he dicho al principio, en esas estaba cuando llegó el viejo molinero. Bueno, no sólo viejo, también tozudo. Desde que comenzó a construirse el Palacio Sanssouci, acudía cada día a pedir audiencia. Y cada día le decían que volviera el siguiente.

Una vez más, el rey escuchó cómo su súbdito se despedía con un cordial: ¡Hasta mañana!

Aunque en esta ocasión, intrigado por la personalidad de este hombre, le siguió hasta el molino, un edificio que tenía previsto destruir próximamente, ya que se encontraba dentro de su real propiedad. En cuanto llegó, le llamó la atención un cartel pequeñajo de madera: “Se venden palabras”.

Las aspas del molino se metían en el agua del río y recogían unas botellitas de vidrio, cerradas herméticamente con un corcho, que llevaban un mensaje en su interior.

Entró decidido:

- Quiero comprar una palabra. ¿Cuál es su precio?
- Los que conocen el poder de las palabras saben que no tienen precio. Sólo hay que valorarlas, por eso las vendo.
- Déme una palabra -le dijo el rey más tranquilo.

Las aspas comenzaron a moverse. Por una especie de tobogán de madera cayó una botella.

- Para usted, majestad.
- ¡Gracias molinero!

Mientras observaba al monarca de vuelta al palacio, se relajó pensando que él ya no tendría que volver a recorrer ese camino.

Nada más llegar, el rey ordenó no derribar el molino. Después entró en el olvidado Salón de la Conversación.

- Qué mejor sitio para descubrir mi palabra...

Destapó la botella lentamente, como si fuera mágica, y cayó un papel enrollado en un canuto. Al desplegarlo leyó simplemente: **SENTIR.**

Federico El Grande corrió a las cuadras y cogió su caballo más querido. Acarició sus crines, recibiendo emocionado su aliento en la cara. El hocico estaba húmedo. Le miró fijamente a los ojos y de un salto subió a la grupa. El equino relinchó con furia, para después salir disparado a galope hacia el bosque.

Frente a la casa del molinero, el jinete redujo el paso. En un cartel pequeñajo de madera se leía: “Se venden preguntas”.

Riendo a carcajadas, se perdió en su bosque.

- DING, DONG... DING, DONG.... *In five minutes we'll arrive to Berlin Station.*

La voz metálica del maquinista rompió de cuajo el sueño de Leyre. En un segundo había pasado de codearse con Federico El Grande, a enfrentarse a la fría mirada de un anónimo compañero de vagón.

- Mira que ha dado de sí mi visita guiada al palacio de Postdam... - se dijo sonriendo para sus adentros.

Una vez repuesta del susto, recogió la guía del suelo e, intentando disimular que se había quedado dormida, continuó leyendo:



Palacio de Sanssouci (Postdam) Refugio preferido de Federico II de Prusia. Hijo de Federico Guillermo I. Su padre, considerándolo afeminado debido a su gusto por la poesía, música y filosofía, ordenó para él una férrea educación militar. Su consigna diaria era levantarlo a las seis de la mañana y recordarle: "nada puede proporcionarle más gloria y honor a un príncipe que no sea su espada". A los 15 años intentó huir del país con su fiel compañero el teniente Katte. Al descubrirles, tuvo que presenciar la decapitación de su amigo. A pesar de que pasó en guerra 15 años de su reinado, en tiempos de paz trajo artistas e intelectuales a Berlín para volverla un gran centro cultural. Pero por más esfuerzo que hizo, siempre será recordado como uno de los mejores estrategas militares de la historia, tanto que el mismo Napoleón lo consideraba el más grande de todos, incluso de sí mismo.

Publicado en el libro *Somos el cuento que nos contamos*, por Deusto para el programa de coaching de La Comercial.

Edición revisada 2012.